

JOHANN JAKOB BACHOFEN



el **MATRIARCADO**

XVII · EL DIOS DE SINOPE

OTRAS LITERATURAS

EL MATRIARCADO

Johann Jakob Bachofen

EL DIOS DE SINOPE

XVII

Traducción del alemán de la editorial

Otras Literaturas

§ 82

Candace, Saba y el derecho de bienes libio

Antes de abandonar África hay que añadir algo de lo que allí quedó sin decir sobre la **Candace** ya mencionada (p. 108, c. 2). De la **reina etíope** y de su derrota por **Petronio** habla también **Casio Dion** 54, 5. — A Candace y a su eunuco se refiere **Crisóstomo** en los *Hechos*, homilía 19 (ed. París, vol. ant. 9, p. 162): «[†]», y **Eusebio**, *H. eccl.* 2, 1: «[†]». Estrabón 17, 786.

Sobre la **reina de Saba**, **Josefo**, *Ant.* 8, 6, 2-6. La llama «[†]» —**reina de Egipto y de Etiopía**— y la identifica con la **Nitocris** de Heródoto, a la que da el nombre de Νικαλῆς (Her. 2, 99-100). El recuerdo de la reina de Saba vivió en la siguiente leyenda: «[†]». Sobre Saba, **Teodoreto**, *Quaest. in 3 Reg.*: «[†]»; C. I. Gr. 4823. — Sobre la tradición **himiarita** árabe de la reina **Belqis**, véanse Ewald, *Geschichte des Volkes Israel* 3, 91, n. 1; Ludolf, *Histor. Aethiop.* 3, 2; Pococke, *Specim. histor. Arab.* p. 60; Niebuhr, *Beschreibung Arabiens*, p. 277; cf. Reiske, *Primae lineae histor. regn. Arab.*, ed. Wüstenfeld, p. 107-109; George, *De Aethiopum imper. in Arabia felici*, Berlín, 1833. Sobre los **sabeos** de Arabia, Salmasio, *Ex. Plin.* p. 335 a y p. 347-351; Dionisio Periegeta 959; Bernhardt p. 781; Serv. G. 2, 115. Sobre los Σαβαῖ persas, Dionisio Periegeta 1069; Bernhardt p. 808, con lo cual hay que ver Serv. Aen. 8, 638. Del **florecimiento antiquísimo** de este pueblo y de su comercio, por un lado con la **India** y por el otro con **Etiopía**, trata Lassen, *Ind. Alterthumskunde* 2, 582. Noticias de la espléndida capital de los sabeos árabes se encuentran en Estrabón 16, p. 778 (cf. 771 y 781); Diodoro 3, 46; Agatárquides p. 64, ed. Hudson, y sobre esto Müller, *Fr. h. gr.* 3, 195. Diodoro llama a la ciudad Σαβαί (Estrabón, Μαριβαί), cuyo nombre se conserva en

el actual **Hareb**, y de cuyo antiguo esplendor dan testimonio pleno los descubrimientos de los últimos tiempos (sobre esto Ritter, *Asien* 8, 2, 761 ss., 840 ss.).

De los Ναβαταῖοι, unidos a los sabeos (Estrabón 16, 779), informa **Eustaquio** al Dionisio Periegeta 959 (Bernh. p. 287): «[†]» —**Nabateo, rey de los árabes, el que nació de una moza**—: una indicación precisa de **unión hetairica**, que sólo puede tener en cuenta la **maternidad**, y que nos trae al recuerdo el relato de Estrabón 16, 783 y la pintura de Amiano 14, 4 (cf. las *Toxótides* de Esquilo en Hermann 1, 375). La antigua poesía árabe, en la **Hamasa**, léase en Klemm, *Frauen* 1, 369.

Sobre la estirpe libia de los **adirmáquidas** (*gens accola Nili*, Silio Itálico 3, 279 y 9, 224) informa **Heródoto** 4, 168: adoptaron todas las costumbres de los egipcios, salvo el vestido; **las mujeres llevan anillos de bronce en las dos piernas** y el **pelo largo**, con un cuidado exacto de mantenerlo limpio de parásitos, y en eso se distinguen de las demás estirpes africanas. «[†]» —**y el rey entregaba al que quisiera a las doncellas que más se distinguían, y la reina era igualmente entregada por él**—. De toda la pintura de Heródoto resulta que los adirmáquidas, bajo el influjo de los egipcios cultos, se habían elevado a un grado de cultura más alto que las otras estirpes libias. **El hetairismo había cedido ante la vida conyugal**. Como πισταῖος llevaban las mujeres los anillos en las dos piernas; y la costumbre de los varones de cubrirse **sólo la pierna izquierda** (Sil. 3, 279), que corresponde a una distinción semejante de los **hernicos** y los **etolios** (p. 158), destaca el **maior honos sinistrarum**, es decir, **de las partes maternas**. Con eso concuerda el **pelo largo**, porque cortarlo entraña ofrecerlo a la **madre natural pensada**

hetairicamente, a una **Venus calva** (cf. Plin. 16, 43). En conexión con esta descripción hay que considerar también el **derecho de pernada** reservado al rey como una manifestación de civilización avanzada: y en verdad aparece bajo esa luz en cuanto veamos en él **una limitación del hetairismo, que antes llegaba más lejos**. Sólo el rey conserva el antiguo derecho, y también él únicamente por el carácter religioso elevado que se le atribuye, y que se manifiesta de otro modo, pero análogo, en la relación de los príncipes egipcios con sus **palaciegas**. El resultado es que **la posición de la mujer adirmáquida se acerca mucho, en efecto, a la de la madre egipcia**.

Aprovecho este lugar para agregar a la indicación de un poeta **alto alemán medio** citada más arriba (p. 156, nota) —«en **Ze künis** (Túnez) heredan también las mujeres, y no los varones»— una noticia que conserva **Polibio** 61, 72. En la descripción de la defección de las **ciudades libias** respecto de Cartago y de su unión con **Matos** y **Es pendio**, los jefes de los mercenarios sublevados, se dice de las mujeres libias: «[†]». Todo el contexto de este relato hace sospechar que **el juramento que se imponían las mujeres no se refería sólo al adorno femenino, sino al patrimonio en general**; que por tanto **la disposición de los bienes correspondía en primer lugar a la madre y no al padre, y el derecho de herencia a las hijas y no a los hijos**. En mano de las mujeres estaba **librar a los varones y a los padres** de la prisión por deudas y de la conducción por los recaudadores cartagineses. Si antes el odio a Cartago nada había podido sobre ellas, ahora se imponían el juramento de **no ocultar nada**, y llegaban hasta entregar sus propios adornos a los sublevados. Con esta interpretación recibe confirmación la noticia del poeta alemán, y la observación de **Plutarco** en los *Praecepta coniugalia* queda

bajo otra luz. La novia, al día siguiente de la boda, manda a la madre del novio y le hace pedir una **olla**. También acá aparece ella como la única con derecho a disponer del ajuar. Pero la petición es rechazada y no se accede al ruego de la novia. Cuando Plutarco le da a esa negativa el sentido de que la nuera debe conocer desde el comienzo **el ánimo de madrastra de la suegra**, tenemos ahí una interpretación moral que va mucho más allá del sentido originario del acto. La negativa tiene más bien su fundamento en que **la novia de Leptis no adquiere ningún derecho sobre el patrimonio de la madre de su novio, y su derecho de herencia queda limitado a los bienes de su propia madre**. Así, del enlace de estos escasos rastros se deja reconocer con claridad el **sistema del derecho de bienes libio** en sus rasgos fundamentales. Corresponde por completo a la **posición gineocrática de las mujeres africanas**, y muestra el mismo despliegue del derecho materno que hemos encontrado en los licios.

Según el precedente de **Josefo**, la princesa que visita a **Salomón** fue introducida en la **historia etíope** y elevada a **madre primera de la estirpe real etíope**, que por el lado paterno se derivaba de Salomón. Sobre esto, además de la obra de Bruce citada más arriba, véanse Salt, *Voyage to Abyssinia*, Londres 1814, p. 437-485; Rüppell, *Reise in Abyssinien* 2, 335-363; Harris, *Gesandtschaftsreise nach Schoa und Aufenthalt in Südabyssinien 1841-1843*, Stuttgart y Tubinga 1846, 2, 104-106. De época anterior, Ludolf, *H. Ae.* 3, 2: *de familia Salomonaee, quae originem suam habuisse dicitur ex Menileheco filio reginae Sabae, quae Salomonem visitatum venerat*; Basnagio, *Ann. Eccles.* t. 1, p. 113 s. Pues aunque se le niegue toda historicidad a la **atribución etíope de Maqueda**, merece atención porque **sólo la costumbre etíope del mando de las mujeres la hizo posible**: sin esa base indígena

el traslado no habría podido tener lugar. Lo mismo vale para la relación ulterior con **Egipto**, tal como está en Josefo; y lo mismo, por último, para la suposición de una **unión hetairico-amazónica** con el espléndido rey de Israel y para la identificación que sobre ella se funda con **Nitocris-Nicaulis**. También este rasgo de la leyenda es **una consecuencia y, por tanto, una confirmación de las costumbres indígenas etíope-egipcias** (cf. Solino 30 al inicio y 31: *Augilae vero solos colunt inferos. Faeminas suas primis noctibus nuptiarum adulteriis cogunt patere; mox ad perpetuam pudicitiam legibus stringunt severissimis*; Plin. 7, 12; Heliodoro, *Aeth.* 3, 14, donde el origen hetairico se extiende también a Heródoto).

§ 83

La Candace de los indios

Una consideración detenida exigen las palabras de **Suidas** ya citadas, voz **Kandáke**: «[†]» —«y también la expedición de Alejandro a la India»—. Bajo la palabra **Κανδακη** se presenta a **Candace como reina de los indios**, que reconoció al macedonio **a pesar de su disfraz**, y recibió de él la garantía de la paz y de la posesión tranquila de su reino. El mismo suceso lo mencionan otros varios escritores. **Tzetzes**, *Chil.* 3, 885 ss.: «[†]» —los versos, destruidos en los cuatro testigos, dicen que la reina Candace, madre de Candaules, conoció a Alejandro por su retrato, y que al pedirle sus hijos la muerte del enviado, ella los reconcilió—.

Sobre el suceso acá aludido, **Georgius Cedrenus**, *Histor. compend.* 1, 266, ed. de Bonn, dice lo siguiente: después de la sumisión de **Poro**, Alejandro pasa a las partes apartadas de la

India y al reino de **Candace**, la viuda. Disfrazado según su costumbre, se suma él mismo a la embajada ante la princesa: «[†]» —Candace lo conoce y, tomada del rey su figura, el rey, sorprendido, hace la paz—. Y se abstiene de toda hostilidad contra la reina y su tierra. **Malalas** cuenta el mismo encuentro en la *Chronogr.* 8, p. 194-195, ed. de Bonn, con más pormenores. También acá Candace es princesa india, viuda y señalada por la **astucia** con que supo frustrar el ardid de Alejandro. Pero el desenlace suena distinto: el conquistador **exige por esposa a la mujer sabia**, sus hijos son perdonados, y la madre, en cambio, sigue al nuevo esposo a **Etiopía**. En los *Anales* de **Glycas**, p. 2, p. 268, ed. de Bonn, que pertenecen al siglo XVI, Candace es igualmente viuda: reconoce al rey **por el color distinto de sus dos ojos** y lo sigue a Egipto, donde entonces se funda Alejandría.

Si **Malalas** nos lleva del siglo XII —al que pertenece Tzetzes— y del XI —al que pertenece Cedrenus— al de **Justiniano**, por el que se deciden Gibbon (*Hist.* c. 40, n. 11) y Dindorf (*Praef.* p. 6), entonces el llamado **Julius Valerius**, *Res gestae Alexandri Macedonis*, publicado por primera vez por **A. Mai** en 1817 a partir de un **códice ambrosiano del siglo IX**, mejorado después con la ayuda de un vaticano y enriquecido al fin por la comparación de un manuscrito de Turín (*Spicileg. rom.* 1, 8), prueba la existencia de **la misma leyenda en el siglo III** y, en todo caso, en el IV de nuestra era (Mai, *Praef.* p. 92; C. Müller, *Introd. in Pseudo-Callisthenem* p. 26). Acá aparece en forma mucho más detallada que en Malalas y Cedrenus, y en un desarrollo que arroja plena luz sobre la exposición breve de Tzetzes. El relato de Valerio forma la mayor parte del tercer y último libro, de c. 44 a c. 69, p. 251-268.

Desde Persia corre el conquistador al **reino de Semíramis**, que entonces obedecía al cetro de **Candace**, **bisnieta de aquella**, madre viuda de tres hijos. El relato se abre con un **intercambio de cartas** entre el macedonio y la reina. Recordando la antigua unión de **India y Egipto**, Alejandro invita a Candace a una visita común al **Amonio** y a la veneración común de un dios igualmente cercano a ambos —el dios a quien las matronas prestan servicio (Curcio 4, 31)—. Pero la princesa le opone la **prohibición del oráculo amónico** y se contenta con mostrar su amistad con ricos regalos para ambos. **Irresistible deseo** se apodera entonces del rey de visitar a la princesa misma. Ésta, informada, hace **tomar en secreto el retrato del extranjero** y se asegura por ese medio la posibilidad de reconocerlo después.

El rey mismo se ve favorecido en la ejecución de su plan por un suceso imprevisto. Acompañado de pocos jinetes se acerca **Candaules**, uno de los hijos de Candace, al campamento macedonio. Apresado y llevado ante **Ptolomeo Soter**, se da a conocer a éste —a quien tiene por Alejandro— y le declara el motivo y el fin de su empresa: poco antes había sido **privado de su esposa por mujeres amazonas** al servicio del jefe **bebricio**, y marcha a vengar la afrenta sufrida. Alejandro, informado del caso, reconoce rápido la **ventaja que el error de Candaules le ofrece**. Ptolomeo es vestido con el ornamento real. **Los papeles se han cambiado**: Alejandro mismo comparece, según lo convenido, bajo el nombre de **Antígono** ante su señor, en actitud servil, y a su requerimiento le da el consejo de prestar a Candaules **auxilio armado** para llevar a cabo su empresa, a fin de aumentar con tal hazaña la honra de su propia madre **Olimpia**. La expedición se decide y, por consejo del falso Antígono, se acuerda el **asalto nocturno** de los bebrícios. Candaules admira toda esa astucia,

más apta que la fuerza para asegurar el éxito, y que a nadie sentaría mejor que a Alejandro mismo. La feliz ejecución del plan lleva al rey al cumplimiento de su deseo.

A ruego de Candaules marcha el **libertador de la mujer robada** a la ciudad real india, para recibir de Candace misma la recompensa merecida. Pero **la astucia de Alejandro es frustrada por la astucia superior de la mujer**. Asombrado de la magnificencia de los aposentos reales por donde la princesa lo lleva, oye de pronto de boca de Candace **su verdadero nombre**: está indefenso ante la mujer que en la contienda de la astucia se ha llevado un **triunfo decisivo sobre el héroe de la guerra**. Tranquilizado por la promesa del secreto, ve de pronto prepararse una nueva y peligrosa complicación: **Corago**, el hijo menor de Candace, exige de la madre **la vida del enviado** y sangrienta venganza por el asesinato de **Poro**, su suegro, a manos del macedonio. La discordia de los hermanos se agrava hasta el llamamiento a las armas: **Candaules sólo recuerda el beneficio recibido; Corago, sólo su pérdida doméstica**. Candace, asustada por la discordia de los hijos e incapaz de encontrar salida propia, se refugia en la **sabiduría mayor de Alejandro**, de quien espera todavía la única salvación. El rey justifica su fama: **compra su salvación** con la promesa de enviar a Alejandro mismo a recibir los regalos y entregar así al odiado a manos de Corago. Reconciliados, los hermanos, hasta hace un momento enemistados, rinden homenaje al extranjero no reconocido. **Candace se ve ahora superada por la astucia de su huésped**. Llena de admiración, confiesa que Alejandro resplandece ante todos los pueblos **no tanto por el valor guerrero como por la fama de la sabiduría**. Lo desea por hijo: como madre de Alejandro, dice, tendría asegurada **la dominación del mundo**.

Provisto en secreto por la mujer con la **corona** y todos los signos de la realeza, emprende el héroe el camino de vuelta, guiado por los sátrapas de Candace. Pero le queda reservada una recompensa mucho más alta. Pues en el **templo de los dioses** es saludado por los celestiales como uno de los suyos. **Sesonchosis-Sesostris le promete la inmortalidad** que él mismo goza, y en la Alejandría fundada por él recibirá la misma veneración que **Serapis**. Con esta **doble recompensa** —la corona que Candace le dio y la promesa que le viene de los dioses de la luz celeste— vuelve Alejandro a su ejército, con el cual corre ahora a las amazonas.

De este relato recibe su aclaración la breve observación de **Tzetzes**. **Ambos concuerdan por completo entre sí**. También Tzetzes destaca con suficiente claridad los dos momentos principales: **la victoria de la reina sobre Alejandro y su triunfo mayor al apaciguar la discordia fraterna**. Y esta concordancia gana especial significación porque establece a **Calístenes como la fuente de la novela** transmitida por Julio Valerio. A ese mismo escritor remonta Tzetzes otras partes de sus relatos en las *Chilíadas*: se lo cita en 1, 328 y 3, 387, y en la pintura de la **guerra tebana** se manifiesta la misma concordancia de los dos autores —Tzetzes y Julio Valerio— y su igual relación con Calístenes (*Chil.* 1, 323 con Jul. Valer. 1, 66; *Chil.* 7, 418 ss. con J. Val. 1, 69).

Este Calístenes, del que se surtieron todos los escritores hasta acá nombrados —Julio Valerio, Malalas, Cedrenus, Tzetzes— y a cuya obra remite Suidas en su breve indicación, **no es aquel pariente de Aristóteles y compañero de Alejandro**, famoso tanto por su saber como por su firmeza y su muerte desdichada, cuyo retrato, obra de la mano de **Anfístrado**, vio Plinio (36, 5, 3) en los

jardines servilianos de Roma, sino **un escritor desconocido** cuya obra, **■λξ■νδρου πρ■ξις**, lleva injustamente el enigmático nombre de Calístenes. En letra de molde, este **Pseudo-Calístenes** apareció recién en **1846**, como apéndice a los *Arriani et scriptorum de rebus Alexandri M. fragmenta* de C. Müller (París, editor A. F. Didot). De extractos y comunicaciones sueltas no se careció tampoco antes: así lo citan repetidas veces Sainte-Croix, *Examen critique des historiens d'Alexandre* p. 163-166; Casaubono ad Polyb. p. 33, *Epist.* p. 402; Salmasio, *Exerc. Plinian.* ad Solin. 2, p. 647. Cf. Fabricius, *Bibl. graeca* l. 3, c. 7; Cangio, *Gloss. med. et inf. graec.*, voz **■λ■ξανδρος**; A. Mai a Jul. Valer. 3, 44; Geier, *Alexandri M. histor. script.* p. 230; Westermann en la *Realencyclopädie* de Pauly y en *De Callisthene Olynthio et Pseudo-Callisthene* p. 18; Cless, *Alexandersage im Orient und in Europa*, en las *Verhandlungen der Stuttgarter Philologen-Versammlung* de 1856, p. 118. **Fragmentos más considerables** los dio a conocer primero Berger de Xivrey en sus *Notices et extraits des manuscrits de la Bibliothèque royale*, t. 13, p. 162 s., y en las *Traditions tératologiques* p. 350 s.; están tomados de manuscritos de las bibliotecas de París, Leiden y Turín, de los que se cuentan en total catorce. Sobre estos trabajos previos emprendió **Müller la edición de la obra entera**, que apareció en la mencionada edición tomando por base **tres manuscritos parisienses**: uno del siglo X, el segundo del XIV y el tercero del XVI. Sus divergencias son de índole del todo distinta de las que muestran las copias de los clásicos antiguos: **no se limitan a una mera *varietas lectionis*, sino que dan tres recensiones distintas y reelaboraciones en parte independientes de una misma obra.** Se revela un **desarrollo que avanza, por añadiduras y giros siempre nuevos, hacia una fabulosidad cada vez mayor**, y que por un lado no

excluye la suposición de formas anteriores más simples, y por el otro deja abierta la posibilidad de recensiones todavía posteriores.

Si, dada esta situación, es del todo imposible **afirmar la identidad** entre el Pseudo-Calístenes que tenemos en la edición de Müller y aquel del que se surtieron Tzetzes, Suidas y los demás bizantinos, aparece sin embargo como **muy digno de atención** que entre el contenido del **códice parisiense más antiguo** y la **reelaboración latina del códice ambrosiano** publicada por Mai reine, si no una concordancia total y penetrante, sí un **estrecho paralelismo**. Más aún: la coincidencia con frecuencia **literal** permitió al editor añadir al texto griego, en lugar de una traducción propia, la **vieja reelaboración latina**, mejorada y completada con la ayuda de los once manuscritos parisienses (*Introd.* p. 8, n. 1; Letronne, *Journal des savants*, 1818, p. 609). De ahí la certeza de que **estas dos reelaboraciones no debieron de diferir esencialmente del Calístenes más antiguo**.

Por lo que toca en particular al **episodio del encuentro de Candace y Alejandro**, lo encontramos en el Pseudo-Calístenes de Müller **en la misma conexión y con la misma figura** que en el llamado Julio Valerio. El texto griego está tomado en su mayor parte del códice del **siglo XIV**, en menor parte del del **X**, y a aquel se le añadió el contenido del manuscrito más reciente. De las divergencias destaco en especial las siguientes: Candace se llama expresamente βασιλισσα Μερνης, como la designa Tzetzes; no es viuda, sino que se la llama μεζονος ηλικιας τυγχνονουσα, «de edad mayor». Y la relación con las **amazonas** es distinta, porque éstas no aparecen, como en Valerio, **como adversarias de Candaules**, sino que el hijo de Candace va él mismo con su esposa a las amazonas para celebrar en medio de ellas el **misterio**

anual. Frente a la concordancia general, estas divergencias y otras parecidas, insignificantes, no entran en cuenta. **Me parece del todo establecido** que el relato de la visita de Alejandro a Candace, con todos los rasgos que los textos griego y latino destacan de común acuerdo, **pertenece ya a la recensión más antigua** de la *Alejárdréida*, que con el correr de los siglos se fue desbordando cada vez más hacia lo fabuloso.

Si preguntamos ahora **a qué tiempo hay que asignar esa recensión**, desde el comienzo está claro que no puede ser decisivo el **lenguaje** del texto griego y latino conservado, sino sólo **el contenido mismo del relato**. Y ese contenido está tan estrechamente unido a la **glorificación de la nueva casa real de los Ptolomeos** que, para ninguna parte del Pseudo-Calístenes, el remontarla al **primer período de gobierno de los sucesores de Alejandro en el trono de Egipto** resulta tan indiscutible como justamente para la que nos toca más de cerca. En ella el **papel principal** está asignado al **primer Ptolomeo. Ptolomeo**, hijo de **Lago**, recibió el sobrenombre de σωτῆρ, con el que lo introduce el Pseudo-Calístenes, **primero entre los rodios**, cuya ciudad había ayudado activamente en la guerra contra Antígono durante el largo sitio de **Demetrio Poliorcetes** (Diodoro 20, 100; Ateneo 15, 696; Paus. 1, 8, 5).

Pues bien: préstese atención **a la posición en que aparece** en el Pseudo-Calístenes. **Alejandro mismo lo adorna con las insignias reales**, y **Antígono obedece a sus mandatos**. La dignidad distinta que acá se atribuye a los dos rivales proviene manifiestamente del empeño de presentar **a Ptolomeo como el sucesor legítimo de Alejandro y señor legítimo de Egipto**, y a Antígono, en cambio, **como usurpador**. Eso remite a los **primeros**